

RIENZI.

EL ÚLTIMO TRIBUNO.

Los barones confundidos, avergonzados, doblaron maquinalmente las rodillas; los religiosos que habían oído sus confesiones recibieron también el juramento exigido, y mientras sus labios fríos y blanquecinos murmuraban un compromiso solemne, escuchaban llenos de espanto los gritos feroces de la multitud apiñada debajo de las ventanas del Capitolio, y que pedía sus cabezas.

Concluida la ceremonia del juramento, el tribuno pasó al salón del banquete, en el cual había un balcón que le servía para arengar al pueblo. Nunca le había sido tan necesario, nunca se manifestó más claramente que en esta ocasión el poderoso ascendiente de su elocuencia sobre las masas: el furor público había subido de grados extraordinariamente y le costó no poco trabajo el hacerse oír. Apenas concluyó su discurso, las encrespadas olas de aquel mar de cabezas revelaban la calma del espíritu público. ¡Ah! más tarde arengó al pueblo desde aquel mismo balcón el gran tribuno en favor de una vida más noble que las que acababa de salvar, y el pueblo se hizo sordo á sus palabras de fuego.

Apenas conoció que había llegado el momento favorable, hizo salir á los barones romanos al balcón, y en presencia de mil y mil conciudadanos se comprometieron los Orsinis, los Colonnas y todos sus parciales á servir fielmente al *buono stato*. Aquel día, que debía ser de luto y de sangre, lo fué de reconciliación y de contento. La muchedumbre se dispersó; muchos se retiraron llorando de gozo; su inesperienza y buena fé les engañaban; los más avisados meneaban la cabeza para significar su descontento é inquietud: estos conocían bien á los nobles romanos.

—No ha hecho más que echar leña al fuego que podía haber apagado con facilidad, dijo Cecco del Vecchio.

La sentencia del herrero se hizo proverbial y el tiempo acreditó que era profética.

Convencido el tribuno de que al menos había tomado el partido más generoso, levantó la sesión del consejo y se dirigió á su aposento, en el que le esperaban su esposa y su hermana. Estas dos, jóvenes y bellas, se profesaban mutuamente el más tierno cariño: cuando se presentaban juntas, hacían parecer más amables la diferencia de sus caracteres y de sus fisonomías, así como brillan respectivamente la perla y el diamante en una alhaja artísticamente trabajada. La dulce Irene, apoyando su rostro pálido y bañado de lágrimas en el seno del hombre que era su protector, y Nina, altiva, animosa, merced á la convicción que abrigaba de la fortuna y del poder de Rienzi, presentaban un grupo que hubiera podido ofrecer á un hábil pintor los dos más hermosos modelos del amor confiado y del amor inquieto.

—«Cálmate, hermana querida, dijo el tribuno al notar las suplicantes miradas de Irene; tranquiliza tu corazón, pues no se derramará una gota de sangre de los que llevan el apellido de tu amante. Por fortuna, añadió en tanto que su hermana le abrazaba con efusión, solo han conspirado contra mi vida: si su furor se hubiera dirigido contra otro romano cualquiera, mi clemencia sería un crimen. Irene, quiera el cielo que Adriano te ame tanto como yo: eres una niña tímida y demasiado sensible, nadie conoce los sentimientos de tu alma como el que constantemente ha velado sobre tí desde que el aura de tus primeros años se impregnó con los delicados perfumes de tu inocencia. ¡Pobre hermano mío! Si viviera, me hablaría con igual cariño. ¡Cuántas veces creo escuchar su voz que me aconseja tener á raya esta severidad que puede comprometer mi porvenir. Nina, hermosa mía, mi ángel tutelar, mi fiel consejera, tú tan valerosa y serena en el peligro, conservame tu corazón en mis prosperidades y sé para mí en la tierra, lo que es mi hermano desde el cielo.

Fatigado el tribuno de tantas y tan diversas emociones se retiró á descansar algunas horas, y cuando Nina le estrechó en sus brazos, el ceño, los cuidados de una situación arriesgada habían desaparecido de su noble rostro, la ambición había cedido el campo á otras pasiones más dulces y en su frente majestuosa se dibujaba una serenidad sublime. Los ojos de su amante esposa derramaban algunas deliciosas lágrimas, llanto de adoración y de entusiasmo consagrado al héroe; porque Nina tenía en más para su orgullo de mujer la prerrogativa exclusiva de participar de los secretos del corazón de Rienzi, que el derecho de admitir los honores que la eran debidos, y que era digna de gozar y de embellecer por su carácter angelical. En aquellos momentos de apacible soledad soñaba su pensamiento fantásticas y consoladoras ideas: dormía sin duda, apesar de estar despierta, pues abarcaba su mente una larga y gloriosa carrera, y un pacífico descanso lleno de bendiciones para el hombre que se sacrificaba por su pueblo.

Dormía sin duda; pero mientras ella soñaba, una nube á la sazón más pequeña que la mano de un hombre, oscurecía ya por grados el horizonte de un destino, cuyos brillantes resplandores iban á eclipsarse muy pronto.

CAPITULO II.

La fuga.



El anciano Colonna volvió á su palacio temblando de furor, con toda la rabia y coraje de un altivo alazán que tasca el aborrecido freno. Por lo mismo que se consideraba inocente del crimen proyectado por los barones, solo veía en las diversas escenas que se habían sucedido en el curso de aquella noche fatal y de la mañana siguiente un nuevo insulto á su nobleza, un envilecimiento que le era imposible perdonar.

Al momento dió orden de que se aprestasen á salir de Roma varios emisarios de su entera confianza.

—Esta, dijo al terminar un mensaje dirigido al padre santo, para Aviñon: veremos si la sincera amistad de la casa de Colonna tiene hoy más influjo con la Iglesia que el extravagante apoyo de ese ridículo muñeco ensalzado por la plebe. Esta otra á Palestrina, roca inaccesible contra la cual se estrellarán todos los esfuerzos del tribuno. La tercera para Juan de Vico; puedo contar con su ayuda á pesar de sus astucias y traiciones. ¡Ah! me falta avisar á los Colonnas de Nápoles; cuatro palabras para que no reconozcan al enviado del tribuno, y para que le desprecien, si primero no renuncia su cargo, volviendo á Roma sin tardanza, no como amante, sino como guerrero. ¡Dios quiera que mi misiva llegue á manos de Gualtero de Montreal! No es mal mensajero el que ese condenado ha puesto á nuestra disposición; pero todo puede perdonarse por mil buenas lanzas.

Y en tanto que su convulsa mano daba vueltas á las sedas con que cerraba sus pliegos, disponía con risueño semblante que sus pajes convidasen á comer para el siguiente día á todos los acusados de la noche anterior.

Los barones correspondieron á la invitación sin faltar uno, mas irritados por la vergüenza que imprimía en sus frentes el perdón del tribuno que reconocidos á su clemencia. El orgullo humillado, unido al recuerdo de las terribles imprecaciones de las turbas y á las agonizantes palabras de los franciscanos, cuyos ecos herían aun su imaginación, les inducía á creer que la resistencia abierta era el único medio de asegurar sus vidas y de satisfacer la venganza que requería tan insufrible afrenta.

El perdón público del tribuno ocultaba, á juicio de los barones, proyectos infames y secretos. Figurábase que Rienzi no se había atrevido á sacrificarlos en un patíbulo y á la vista del pueblo reunido; por consiguiente su generosidad, el olvido de sus agravios solo tenían por objeto endormecer artificiosamente el aborrecimiento de los conjurados, y amenguar el prestigio de que gozaban: el convencimiento del crimen conocido por el hombre contra el cual se había intentado les obligaba á renunciar toda esperanza de salvación, y perdíanse en un laberinto de conjeturas. No era imposible que Rienzi armase para destruirlos, uno después de otro, el brazo del mismo asesino que les había hecho traición; la política de los tiranos de la época, que hacia desaparecer sin forma de proceso á todos los enemigos temibles daba gran consistencia á este pensamiento: y lo que es más extraño, Lucas Savelli era el que con más ardor impulsaba á sus amigos á rebelarse. El temor de la muerte hace veces de valor en el corazón del cobarde.

Incapaces de comprender el romano desprendimiento del tribuno, la alarma de los barones llegó á su término cuando, habiéndoles hablado Rienzi separadamente en audiencia particular, les colmó de mercedes pidiéndoles que diesen al olvido lo pasado, y escusándose de una vez de quejarse de ellos, hasta el punto de concederles nuevos honores y cargos públicos.

En el *Don Quijotismo* de su corazón magnánimo pensaba el tribuno que atendidas las circunstancias eran insuficientes los términos medios para asegurar el reposo de la república, y que los odios que no quedaban sofocados por el hacha del verdugo debían ahogarse á fuerza de confianza y de favores. Tal vez lograría Rienzi sus filantrópicos intentos, si hubiera corrido por sus venas la sangre real, si hubiera ocupado un trono hereditario: pero el desprendimiento de un hombre que repentinamente se eleva sobre sus superiores se convierte para estos en miedo, en ostentación inaguantable, ó en insulto. El tribuno, pues, poniéndose á merced de sus enemigos y aun perdonándoles cayó en un fatal error político que de ningún modo hubiera cometido la profunda astucia de un Vizconti, ni en tiempos más modernos la calculada maldad de un Borja. Aquel error fué hijo de las virtudes de una alma noble y bella.

Hallábase Nina sentada en el gran salón del palacio, y rodeábanla las damas romanas por ser día destinado á su recepción. El número de ellas era tan escaso que no pudo menos de extrañarlo la esposa del tribuno, y aun creyó notar cierto despego entre las concurrentes, que hirió su vanidad.

—Me figuro no haber dado motivo alguno de queja á la señora de Colonna, dijo la esposa de Juan, hijo de Esteban. Hasta ahora ha honrado con su noble presencia nuestros salones, y hoy la echamos mucho de menos.

Dice el Herald:

En los primeros días de la semana próxima tendremos el gusto de oír en la Cruz y en la bella ópera la *Sonámbula* á nuestro compatriota el Sr. D. Lázaro Puig (Flavio), que se ha adquirido un nombre distinguido en los teatros extranjeros, despues de haber recogido tantas veces en las sociedades de la corte entusiastas y unánimes aplausos. El Sr. Puig cantará solo ocho noches, pues la contrata que tiene con los teatros de Lisboa y Oporto no le han permitido aceptar las ventajosas proposiciones que le han sido hechas por la empresa de la Cruz. Deseamos á nuestro apreciable compatriota el triunfo mas completo.

Hoy parte para Lóndres el Sr. Moriani, despues de haber recojido en la noche de su beneficio los mas entusiastas aplausos, flores y coronas que le fueron arrojadas por la inmensa y brillante concurrencia que asistió el jueves al teatro de la Cruz. Parece hay esperanzas de que vuelva pronto á Madrid, y á la verdad sería una gran adquisicion para cualquier empresa. Veinte y una noches ha cantado en la Cruz, y ni una sola ha dejado de estar lleno el teatro. Guasco que le reemplaza como primer tenor, debe llegar dentro de breves días.

BOLETÍN ESTRANJERO.

Improvisaciones árabes.—Se han atribuido á los gefes árabes residentes en París una multitud de madrigales é improvisaciones mas ó menos verosímiles. Los dos siguientes se nos aseguran como muy positivos. Parece que al visitar la casa real de Saint-Denys, y viéndose rodeados de tantas personas jóvenes dijo uno de aquellos: «Las flores que la primavera hace brotar en mi pais son hermosas, pero las que veo aquí en la mitad del invierno son mucho mas bellas todavía.» La otra improvisacion no es tan galante como la anterior, y podria lastimar en algun tanto la reputacion de amables que se han grangeado en la capital de Francia los jóvenes árabes. En una reunion celebrada en las Tullerías dijo el poeta de aquellos acercándose al oido de M. Roches y señalando á las señoras: «Al ver bailar á aquellas huris, me creí transportado al paraiso de Mahoma; pero cuando las he visto comer, he vuelto á caer sobre la tierra.»

Instinto de un perro. Un diario belga refiere el siguiente hecho que la inteligencia de los animales se acerca en cierto modo á la inteligencia humana.

Hace algun tiempo un farmacéutico de una aldea de las cercanias de Bruselas M. A... al entrar en su casa á eso de las nueve de la noche, encontró á un desgraciado perro echado junto á su puerta que estaba ahullando con un acento lastimero. M. A... quiso arrojar fuera de allí al animal, que habiendo hecho un esfuerzo para levantarse volvió á caer en medio de los gritos mas agudos de dolor. Compadecido del tormento que parecia sufrir aquel pobre animal, se acercó á el M. A... para examinar la causa de sus gritos y advirtió que tenia una pierna rota. M. A... no pudo resolverse á dejar sin socorro al pobre animal cuya actitud suplicante le causaba un vivo interés. Hízole entrar en su casa, le curó la herida y le puso el primer apósito, determinando mantenerlo en su casa hasta tanto que la pierna estuviese enteramente curada.

A los dos meses podia andar el perro perfectamente y no experimentaba el menor dolor. En tonces M. A... que no queria tener perros le abrió la puerta y despues de haberle hecho una ó dos caricias en señal de despedida le indicó la calle diciéndole: Ya que estas bueno puedes marcharte. El perro miró á M. A... con aire que parecia querer mostrar agradecimiento y se alejó meneando la cola de una manera muy espresiva. M. A... no le volvió á ver.

Ya hacia mucho tiempo que le habia olvidado, cuando una noche, á cosa tambien de las nueve, sintió M. A... que arañaban con fuerza á su puerta prestó atencion y oyó repetidos ladridos, de tal modo, que el visitador cuadrúpedo parecia llamar para que le abriese.

Deseoso M. A... de saber quien era el que deseaba entrar, abrió la puerta y entró al punto el perro haciendo grandes demostraciones de alegría. Pero no venia solo, pues le seguia cogiendo otro perro cuya pata derecha colgaba rota de un modo lastimoso. El perro antiguo yendo de su compañero á M. A... y de M. A... á su compañero, parecia presentar á este al farmacéutico y reclamar para el herido los mismos auxilios que él habia recibido en ocasion semejante.

Con efecto este perro inteligente habiendo encontrado algunos momentos antes á su compañero herido, habia venido á solicitar para este los socorros de M. A... que se le quedaron muy impresos. Por su recomendacion acogió M. A... caritativamente al herido y siguió aplicando los remedios oportunos.

Carnaval de Paris.—Tambien en la llamada culta capital de Europa se celebran públicamente los días de carnaval de un modo no menos grotesco que nuestro entierro de la sardina y nuestras comparsas de la pradera del canal. Véase el programa del paseo del buey gordo, que habra tenido lugar el domingo 2 y el martes 4 de febrero.

La comitiva se formará del modo siguiente: abrirán la marcha varias guardias municipales, á caballo, seguirán despues dos heraldos con trages magníficos, un tambor mayor con uniforme del tiempo de Luis XIV, ocho tambores; treinta y dos músicos del 14 de ligeros ricamente vestidos. Marchará despues á caballo M. Rolland, carnicero, dueño del buey gordo, M. Cornet padre, que le ha cebado, el inspector general de la carniceria, M. Hersen, maestro de ceremonias tambien á caballo, Luis XIV, un caballero de su corte, Luis XIII, un gran funcionario, dos mandarines, el emperador de Marruecos, dos príncipes marroquies, Francisco I, un caballero de su corte, Henrique III, un caballero de su corte, el prevoste de Paris, dos pages de Francisco I, el duque de Borgoña, el duque de Lorraine, dos pages de Luis XIV, dos refinados del tiempo de Luis XIII, dos pages de Luis XIII, dos caballeros del séquito de Luis XIV, otros dos de Luis XIII y dos capitanes de guardias de Carlos VI.

Despues irá ostentoso el padre Goriol (alias el buey) ricamente enjaezado y con un magnífico penacho que le cubrirá la cabeza; le escoltará un gefe sacrificador, dos lietores, cuatro sacrificadores, un conductor etc.

Seguirá un carro con ruedas doradas cubierto del todo con terciopelo carmesi y tirado por cuatro caballos cubiertos de igual modo. Lo conducirá el Tiempo. En lo mas alto del carro y bajo un dosel irá el Amor acompañado de Júpiter llevando en la mano sus terribles rayos de Apolo, dios de las bellas artes y antiguo guarda de ganados, de Hércules, de Mercurio y de todo el Olimpo.

La comitiva recorrerá muchas calles de Paris y se trasladará á las Tullerías como es costumbre.

BIBLIOTECA CATÓLICA

Coleccion selecta y económica de las mejores obras de religion y de moral, antiguas y modernas, nacionales y extranjeras, útil á toda clase de personas. Publicada bajo los auspicios del Excmo. é Ilmo. Sr. don Pedro Martinez de San Martín, obispo de Barcelona. Recomendada por el Excmo. é Ilmo. Sr don Juan José Bonel y Orbe, obispo de Córdoba, patriarca de las Indias. Dedicada á la reina doña Isabel II. protegida por SS. MM. y bajo la direccion de don Juan Roca y Cornet y don J. Rubio, redactor el primero de la Religion.

HISTORIA

DE

NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

Y DE SU SIGLO,

POR

EL CONDE F. L. DE STOLBERG.

TOMO PRIMERO.

Ya que están de mas los encomios ante una reputacion formada y en favor de obras que llevan en sí el sello del genio ó de la divina inspiracion y que han sido reconocidas admirables por los tiempos y los hombres de distintos pueblos, harémos gracia á nuestros lectores de los que pudiéramos prodigar á la historia de Jesucristo con que continuamos nuestra Biblioteca Católica.

EL EDITOR DE LA BIBLIOTECA CATOLICA A LOS SUSCRITORES.

Cuando anunciamos los dos primeros tratados de las obras de santa Teresa era nuestro ánimo, segun indicamos en el prospecto, reimprimir únicamente las obras escogidas de su santa Autora: luego empero entró en nuestro plan ensancharle mas, dando á luz todos los escritos de la misma, y en este concepto fue preciso hacer en nuestra empresa las mejoras que esta variacion exigia. Dos fueron entre otras las que creímos mas oportunas: la una el enriquecer el volumen con el tratado de los Conceptos del amor de Dios y con los versos que existen de santa Teresa, y si bien entrambas, y en especial la última; nos impedian dar principio á nuestra publicacion (que haciamos mas recomendable dedicandola á S. M. y poniéndole bajo los auspicios de nuestro ilustre prelado), tan pronto como deseáramos, no dudamos que nuestros suscritores nos perdonarian este indispensable retardo en gracia de los objetos que lo motivan.—A propósito de los retratos que acompañaran estos tomos, no podemos menos de advertir que, sin embargo de que una Biblioteca Religiosa es poco susceptible de ir adornada de grabados, no dejaremos de darle mas realce con ellos cuando las materias que nos ocupen ó la celebridad de sus autores lo requieran.

Está abierta la suscripcion en la libreria de D. Ignacio Boix, calle de Carretas, núm 8 donde se halla el primer tomo al precio de 14 rs. rústica.

TEATROS.

DE LA CRUZ.

A las cuatro y media de la tarde: EL PILLUELO DE PARIS, acreditada comedia en dos actos. Intermedio de baile: dando fin á la funcion con un divertido sainete.

A las ocho de la noche: El drama nuevo, original y en verso, compuesto de un prólogo y tres actos, titulado: UN REBATO EN GRANADA. Se bailará el Paso Húngaro. Terminará la funcion con un divertido sainete

DEL PRINCIPE.

A las cuatro y media de la tarde: el drama de espectáculo, en cinco actos, titulado LA BERLINA DEL EMIGRADO.

A las ocho de la noche: UN AMANTE ABORRECIDO, comedia en dos actos. Intermedio de baile. Terminará el espectáculo con la pieza andaluza en un acto, titulada: EL QUE SE CASA POR TODO PASA.

Funcion extraordinaria á beneficio de la actriz doña Catalina Flores para mañana lunes á las siete de la noche: la novela dramática original, en seis cuadros, titulada: LOS MISTERIOS DE MADRID. Se dará fin con baile nacional.

DEL CIRCO.

A las siete y media de la noche: HERNANI, ópera en cuatro actos,

Editor y Redactor principal, JUAN PEREZ CALVO.

IMPRESA DE BOIX, calle de Carretas, número 8.